

Nos queda lo mejor

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Isabel González, *Nos queda lo mejor*

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-8393-318-3

Depósito legal: M-16542-2022

IBIC: FYB

© Isabel González, 2022

© De la fotografía de cubierta: Marc Sommer, 2022

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Isabel González

Nos queda lo mejor



ÍNDICE

VERANO

Frenó, volvió a frenar	15	Junio
El círculo	33	Julio
Hombres grandes	41	Agosto

OTOÑO

Nadie cumple años	53	Septiembre
División aerotransportada	59	Octubre
Juegos reunidos	71	Noviembre

INVIERNO

Alguien no apuntó bien	87	Diciembre
Vidas pachuchas	99	Enero
Tener cabeza	105	Febrero

PRIMAVERA

Dientes	111	Marzo
Gracias por no mandarme a la mierda . .	115	Abril
Esa clase de mujeres	123	Mayo

*A mi madre y a mi hermana.
Imposible sin ellas.*

Una costumbre es más intensa que un amor.

Violette LEDUC
La mujer del zorrillo

VERANO

FRENÓ, VOLVIÓ A FRENAR

FRENÓ, VOLVIÓ A FRENAR y sucedió ahí delante. A un metro del coche. Un águila bajó del cielo, atrapó una culebra y se la llevó colgada en las garras. El águila era grande de cerca y pequeña de lejos. Acaecen reflexiones de este tipo en sucesos de este tipo. Proviene de la ignorancia. Y qué. La ignorancia es humana. De lo azul a lo negro y de lo negro al cielo. Ya está. El águila cazó una culebra y el asfalto ni se inmutó. Las garras no erizaron la brea. El serpenteo no onduló el trazado. La carretera permaneció recta, dócil, con ella en su coche, con el silencio. Nines volvió a arrancar el motor. Debía acomodar el velocímetro a su pulso. A su nuevo ritmo en aquel paisaje. Calma a tutiplén y la sensación bienhechora de habitar un mundo sencillo. Hasta que una culebra vuela. ¿Su coche? El único en el páramo. Aceleró. Velocidad y pulso ajustados, Nines comenzó a reconstruir lo visto bajo una premisa esencial: acallar la voz de Félix Rodríguez de la Fuente. En cuanto aparecía un animal, se le

enchufaba la infancia, la tele, y en la tele: «*El águila culebrera ha caído sobre la gran culebra y todo parece indicar que su suerte va a estar en peligro. El ofidio constrictor agarra un ala del águila, pero el águila se las arregla golpeándolo con las alas, machacándole la cabeza*». (No. No ha sido así, Félix). Lo apagó. Ella acababa de ser testigo y ella quería la verdad. La suya. Es tan difícil. Ciento veinte por hora y la verdad aún va más rápido. Ciento treinta. Cambió de marcha. Afiló la mirada. Había culebras por esa zona y sabía distinguirlas en la distancia. Les cedía el paso, las sorteaba. Buenos días, culebra. Buenas tardes. Nunca se había topado con un águila. Nunca. Bajó la ventanilla, sacó la cabeza y aulló para celebrarlo.

—¡Yihúuuuu!

La volvió a meter. El sol aplastaba. El sol, en aquel páramo, la tomaba con todo aquello que pretendiera alzarse. Velaba por la llanura, por el silencio. Las vistas desde lo alto debían de ser magníficas. Homogéneas. «Buf, se aburrirán también allá arriba, así les doy marcha —pensó Nines e imaginó un círculo de rapaces examinándola con hambre e instinto—. Como a una forasterita en la verbena de un pueblo. Hermosa, que los buitres te miren queda ya más lejos que Marte. Entonces que el planeta se estrelle. El águila». Apretó de nuevo el acelerador y apretó la memoria reciente. «La verdad, Nines. Vamos a por la verdad. ¿Qué puedes extraer de lo visto? No demasiado. La percepción fugaz de una culebra y la percepción aún más fugaz de un águila. Sigue. ¿Qué viste? Un desenfoque de plumas. Sigue. Un reflejo arcoíris. Sigue, todavía no basta, se precisa algo tangible, un registro más íntimo, olfativo, ocular, sonoro. *Blink*. Más grave. *Blank*. Más oscuro. *Blonk*. ¡Eso es! Sonó *blonk* cuando el águila enganchó a la culebra y

también se oyó un suspiro». De ella. Aunque quizá no fue en ese instante sino un segundo más tarde. Medio segundo. Declina la levedad en el manejo de lo corpóreo y hasta la destreza del águila exige su dosis. De impacto. De prisa. La rapaz cae sobre la culebra, la culebra es aprisionada y ambas acciones se funden en una, pero son dos. Distintas. Pronto serán tres: aplastamiento, amarre y elevación, con un mismo efecto: compresión del aire: suspiro de Nines quieta en el coche. Mirando. «El águila remontó el vuelo a cámara lenta y al ascender, la culebra que llevaba en las garras soltó un coletazo al capó. ¡*Blonk!*, sonó. ¿Pedía auxilio? ¿Alertaba al resto de ofidios? Los animales suelen hacer estas cosas. Seguro que ha dejado una muesca en la chapa». Nines recreó la llamada al mecánico. «Hola. ¿Talleres El Pistón? Mire, una culebra ha golpeado mi capó con la cola y querría saber cuánto cuesta. El capó, sí. Con la cola, sí. Muy gracioso. No, no es lo habitual. No pasa todos los días. Las culebras no vuelan, en efecto, gracias por la información». Abrió mucho los ojos.

En mitad
de la
calzada,
ahora,
una oveja.

Dio un volantazo, rebasó el arcén y se metió en un campo de tormos. De pezuñas en vez de ruedas. El coche brincaba, zangoloteaba. El cinturón sujetaba lo que sujeta, pero la cabeza bailaba, las rodillas impactaban contra el volante, del bolso, de la guantera, de las puertas brotaban facturas, envolturas de chicle, monedas, botellines de agua, cepillo

de dientes, cepillo de pelo, cepillo de perro. ¿Había llegado a tener perro? Encalló en el arcén y esa nube gris que envuelve desiertos, recuerdos y otros espectáculos sustrajo la visión del entorno. Quietud. El siseo de una fuga o de un bicho. Tiempo inconexo que sucede a los accidentes. Una silueta atravesó la polvareda, se acercó al coche y adquirió forma. De payaso.

—¿Cómo están ustedes? —dijo.

—Voy sola y veo payasos.

—Bien. ¿Puede salir?

—Creo que sí.

Nines se encaramó a la ventanilla y asomó el tercio superior. El inferior se resistió. Se atascó en el culo.

—Tire de mí, por favor.

El payaso le aprisionó las muñecas, la atrajo hacia sí e intentó desincrustarla sin éxito. De las muñecas pasó a los antebrazos y de los antebrazos a las axilas. Necesitaba un buen asidero.

—¿Me permite?

Insertó las manos en las hendiduras calientes y volvió a tirar de ella: la fofa en apuros. La Fofa del payaso Fofó: el payaso de la tele con sus hermanos Gabi, Miliki, Fofito y Fofete. ¿Fofete? ¿Había algún Fofete? Acaecen reflexiones de este tipo en sucesos de este tipo. Imposible salir.

—¿Y si empezamos de cero? Vuelva a sentarse —dijo el payaso.

La ayudó a reclinarse, extrajo una toalla de entre los trastos, la abullonó y se la colocó de almohada.

—¿Le duele algo?

—Tu oveja me duele —contestó Nines.

Comenzaba a despabilarse. A mostrar arrogancia, a ejecutar estrategias. La posesión de un recurso innombrable

capaz siempre de ponerla a salvo. Bote hinchable en el desierto. Bien. Cualquier cosa vale si estás sola y herida. Si tu existencia orbita alrededor de una nariz roja en vez de sirenas. Ambulancias, bomberos: nada de eso por ahí. Se dejó recostar y en cuanto el payaso retiró las manos, se enderezó de nuevo y empezó a buscar el móvil.

–No debería moverse –dijo él.

Calló rápido. Aunque iba vestido del bobo, actuaba como el payaso listo, como el soso. Como el dueño del frac y del sentido común.

Cómo iba Nines a estarse quieta.

Entre la maraña de objetos tirados por el coche había un vibrador, una batidora y usaba ambas cosas para lo mismo: apaciguar al destino. No tan al fondo como ella pensaba trepidaba un deseo de rutina, de hijos, de compartir sofá largas horas sin tener que hablar ni bajarse los pantalones. Vida de sala de espera. Y dormir juntos luego, cogidos de la mano. Alimento y bienestar. Batidora y vibrador. Los dos cacharros permanecían intactos en el interior de sus cajas. Abolladas. Nines levantó la cabeza y se golpeó con la tapa de la guantera. No había encontrado el móvil, pero sonrió al payaso. Agarró una visera con el logotipo de una comadreja ahorcada y se la encajó decidida porque eso era, exactamente, lo que andaba buscando: *merchandising* de una empresa de desinfección de alimañas.

–Si me da el sol me salen geranios. Granos –dijo.

El payaso, que ya se había quitado la nariz de goma, se quitó también el bombín, el pelucón naranja y la cosa empezó a ir a mejor. A cuarentón con pelo. Una cabellera gris si bien no profusa, bien gestionada, que se alisó hacia detrás de una sola barrida. Él no se peinaba. Él activaba la circulación sanguínea. Se golpeó la frente con las dos ma-

nos y deslizó el impacto por ambos flancos del cráneo hacia la nuca. Una horquilla cayó al suelo, la recogió, hurgó con ella en la cerradura del coche y la puerta delantera cedió.

–Vamos.

Tendió una mano a Nines, pero ella evadió el contacto. Buscó otro punto de apoyo. El canto de la puerta. Insuficiente.

–¡Mi rodilla! –gimió.

–Tenga cuidado –dijo el payaso–. Agárrese fuerte a mí.

–María.

–¿Cómo?

–Nada, una canción. Que esta noche es la más fría.

–¿Qué?

–Nada, Enrique. Enrique Urquijo.

Nines trató de incorporarse de nuevo.

Dolía.

–¡Buff!

Se dejó caer, definitivamente, en brazos de ese payaso con un disfraz y una sospecha: el accidente había provocado en ella alguna conmoción cerebral, alguna disonancia. «Qué listo eres, payasito, qué listo. Y si quieres saber más, pisa la cáscara de plátano. Písala y verás. Descubrirás el pánico, la velocidad, los suelos encerados, las ovejas interpuestas y una cantidad nada precisa de líquido de frenos en los frenos. Hay causas y efectos y no se suceden. El caos se quedó. El caos es el origen, el motor, la sangre escondida y el final de todas las cosas. El lugar al que vamos volviendo».

El cuerpo.

La tierra.

Un payaso en quien ella descargaba el setenta por ciento de peso y el treinta de confianza, mientras que él la transportaba con el setenta por ciento de confianza y el